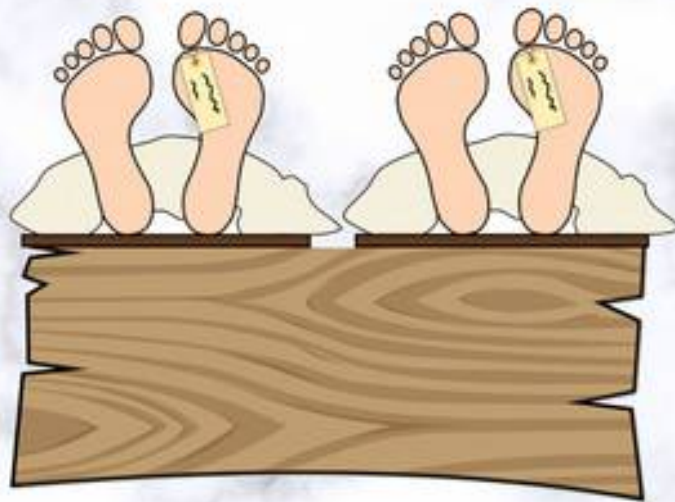


La Comédiathèque

Un ataúd para dos

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>**

Un ataúd para dos

Jean-Pierre Martinez

Cuando dos candidatos a unas elecciones tienen que incinerar, el mismo día de la votación, a sus respectivos cónyuges, puede haber pucherazo en las urnas. Sobre todo cuando el director de la funeraria ha contratado a una empleada temporal de lo más imprevisible...

Personajes:

Edmundo
Samantha
Francisco
Chantal

© La Comédiathèque

PRÓLOGO

(opcional)

La recepción de una funeraria, tan impersonal como la zona de atención al público de cualquier empresa. Las dos actrices que interpretan a las mujeres de este prólogo serán las mismas que encarnarán después a Samantha y Chantal. Ambas visten de luto y llevan velos negros que les ocultan el rostro, para que no se las identifique con sus personajes posteriores. Conviene además que las dos parejas de personajes estén bien diferenciadas por su estilo, en particular por su manera de vestir y de hablar.

Entra la primera mujer. Saca un pañuelo del bolso, se seca una lágrima y se suena la nariz. Suena su móvil. Contesta con voz muy afectada.

Mujer 1 – ¿Sí...? Ah, eres tú... Sí, sí, estoy en el tanatorio. Hacía años que no lo veía, es verdad, pero, aun así, impresiona. Quería verlo por última vez...

Entra la segunda mujer, también de luto y con el rostro velado.

Mujer 1 – Perdona, tengo que dejarte. Acaba de llegar mi hermana. Te llamo luego, ¿vale? Gracias por llamar...

Las dos mujeres se besan sin demasiado afecto.

Mujer 2 – Menos mal que me avisaste. A mí ni siquiera me llegó la esquela. ¿Está aquí?

Mujer 1 – Sí.

Mujer 2 – ¿Lo has visto?

Mujer 1 – Sí.

Mujer 2 – Han pasado por lo menos diez años... Habrá cambiado, ¿no?

Mujer 1 – Está muerto.

Mujer 2 – Ya... En realidad, no sé si quiero verlo. Nunca he visto a un muerto. Quizá sea mejor conservar el recuerdo de la última vez que lo vi. Tan lleno de vida...

Mujer 1 – Anda, hazlo por él. Seguro que le habría gustado verte por última vez.

Mujer 2 – Bueno.

Se dirige sin entusiasmo hacia el lateral derecho del escenario y desaparece.

Su hermana se queda sola y vuelve a enjugarse una lágrima.

La otra regresa al cabo de un momento, algo desconcertada.

Mujer 1 – ¿Qué tal...?

Mujer 2 (incómoda) – ¿Me has dicho que era la puerta de la derecha?

Mujer 1 – Sí, ¿por qué?

Mujer 2 – Ese no es él.

Mujer 1 – Hace diez años que no lo ves. Habrá cambiado, claro.

Mujer 2 – ¡Pero no habrá cambiado de sexo! La que está en el ataúd es una mujer.

Mujer 1 – ¿Estás segura...?

Mujer 2 – Una mujer que no se le parece en nada, además... ¿No te has dado cuenta?

Mujer 1 – Esta mañana estaba tan trastornada que se me cayeron las lentillas por el lavabo. Debe de ser la puerta de la izquierda. Hay dos salas de velatorio... Voy a mirar.

Mujer 2 – Creo que será mejor que vaya yo...

Vuelve a salir por el mismo lado, dejando a su hermana aún más angustiada, y regresa al cabo de un momento.

Mujer 1 – ¿Y bien?

Mujer 2 – Tampoco es él.

Mujer 1 – ¿Estás segura?

Mujer 2 – A no ser que nos ocultara toda su vida que era negro... Déjame ver la esquila. Igual te has equivocado de dirección. Tanatorios hay por todas partes...

Mujer 1 – Dios mío... Saber que había muerto me dejó tan deshecha... Y ahora ni siquiera vamos a poder ir a su entierro...

Saca la esquila del bolso y se la entrega a su hermana.

Mujer 2 (*mirando la esquila*) – Pues no, esta es la dirección. No lo entiendo... (*Sigue leyendo en voz alta.*) «Comunican con profundo dolor el fallecimiento de don...» ¡Pero ese no es su nombre!

Mujer 1 – ¡No puede ser! A ver...

Coge la esquila que le tiende su hermana y la mira entornando los ojos para compensar la falta de lentillas.

Mujer 1 – ¡Mierda! Es el apellido de los vecinos... Por lo menos una vez al mes el cartero se equivoca de buzón. Claro, entre Martínez y Ramírez... Ni me fijé.

Mujer 2 (*consternada*) – O sea, que no está muerto...

La otra la mira con expresión lastimera.

Mujer 1 – Lo siento muchísimo...

Silencio incómodo.

Mujer 1 – ¿Y qué hacemos con la corona de flores?

Mujer 2 – No creo que nos acepten la devolución, ¿eh...? Imagínate que las floristerías empezaran a aceptar devoluciones después de los entierros... Déjala para adornar la tumba del difunto de tus vecinos.

Mujer 1 – Total, no parece que les importara mucho. Ni siquiera han venido...

Mujer 2 – Normal, si la esquila la tienes tú...

Mujer 1 – Mierda, es verdad. ¿Y ahora cómo se lo digo...?

Mujer 2 – Uf... Ahí vas a necesitar todo el tacto del que seas capaz...

Mujer 1 – En fin... La buena noticia es que no ha muerto... (*Suspira.*) Y yo que casi había terminado ya el duelo...

Mujer 2 – Bueno, pues ya lo tienes hecho, ¿no?

Se disponen a marcharse.

Mujer 1 – Ay, Dios mío...

Mujer 2 – ¿Vas a ir a verlo?

Mujer 1 – ¿A quién?

Mujer 2 – ¡A él!

Mujer 1 – ¿Y para qué voy a ir?

Mujer 2 – No sé, querías despedirte de él por última vez. Pues ahora puedes hacerlo mientras sigue vivo...

Oscuro.

Breve intermedio con música fúnebre.

ACTO I

La recepción de una funeraria, semejante a la de cualquier otra empresa. Suena el teléfono sobre el escritorio. Entra Edmundo, el propietario, vestido con sobriedad y refunfuñando.

Edmundo – Sí, sí, ya voy... ¿Qué prisa tiene hoy todo el mundo...? ¡Que todavía no estamos de rebajas...! Al final van a acabar conmigo... *(Contesta con amabilidad comercial.)* Funeraria Frías, a su servicio... Sí, señor Delmoral, lo recibiremos esta mañana... Exactamente, de roble, con asas doradas y forro acolchado verde manzana... La colección otoño-invierno, eso es... Pero el modelo Isabel II es todo un clásico. Nunca pasa de moda. No es el más barato, desde luego, pero sé que la señora Delmoral era muy presumida. Créame, con ese modelo no hay quien se lleve una decepción. Al menos, nunca hemos recibido reclamaciones... El martes, de acuerdo... Que lo pase bien, señor Delmoral... Quiero decir... Hasta el martes, señor Delmoral. Y una vez más, mi más sentido pésame... *(Cuelga.)* Tengo que empezar a descansar un poco... *(Vuelve a sonar el teléfono.)* ¡Joder...! Funeraria Frías, a su servicio... Ah, eres tú, Yvonne... ¿Ha pasado ya el médico...? Gripe, claro... Con la epidemia que hay este invierno... Este año viene muy fuerte... Aquí no deja de sonar el teléfono... Menos mal que esta mañana me traen la nueva colección; como surgiera un imprevisto... No lo digo por ti, claro... Pero estoy desbordado. No era el mejor momento para ponerte enferma tú también... Yo solo aquí no doy abasto... No, la sustituta todavía no ha llegado. No sé qué hace. Tenía que estar aquí a las nueve. Empezamos bien... *(Mira por el escaparate.)* Ah, viene alguien. Debe de ser ella. Bueno, te dejo. Cuídate mucho. Yo también te quiero...

Entra Samantha, una joven cuyo aspecto no resulta muy adecuado para el puesto que acaba de aceptar (excesivamente sexi o, por el contrario, grunge o gótica, por ejemplo).

Samantha – ¡Buenos días! Llego un poco tarde, ya lo sé...

Edmundo – Ya veo... ¿Se le han pegado las sábanas el primer día?

Samantha – ¡Qué va! El despertador sonó a su hora, me levanté bien y todo. Pero me volví a dormir en el autobús. El conductor me despertó en la última parada. Así que tuve que cogerlo de vuelta y, entre una cosa y otra... *(Suena su móvil.)* Perdone... Sí, Pamela... No, acabo de llegar al curro... ¡Pues a Frías! No sabes el lío... Para un día que me levanto puntual... No te lo vas a creer: me volví a quedar dormida en el autobús...

Edmundo – Bueno, ¿ya está bien?

Samantha – Perdona, luego te llamo con más calma, ¿vale? *(Guarda el móvil.)* Era mi amiga Pamela...

Edmundo – Y usted, ¿cómo se llama?

Samantha – Samantha.

Edmundo – ¿Samantha?

Samantha – ¿Algún problema?

Edmundo – No, no... Es que Samantha suena un poco... Bueno, ya me entiende...

Samantha – No...

Edmundo – Digamos que en nuestra profesión estamos acostumbrados a nombres más discretos.

Samantha – ¿Como cuáles?

Edmundo – No sé... Josefina, Martina... Cristina, como mucho... O Yvonne. Mi mujer se llama Yvonne... ¿De verdad cree que puede sustituirla...?

Samantha – ¿Sustituirla...?

Edmundo – ¿Está empeñada en que la llamen Samantha?

Samantha – Es que me llamo así.

Edmundo – Y esa ropa que lleva...

Samantha – ¿Qué le pasa a mi ropa?

Edmundo – ¿Le han dicho que tendrá que tratar con los clientes?

Samantha – Pues... sí... Me dijeron que iba a estar en recepción.

Edmundo – Comprenderá que para trabajar aquí sería más apropiado ir vestida de una manera... clásica.

Samantha – Ah, vale...

Edmundo – ¿Tiene alguna formación? ¿Experiencia en nuestro sector?

Samantha – Tengo un título de estética. Y hace tres meses trabajé de dependienta en Carrefour.

Edmundo – Esteticista... Bueno, eso quizá nos venga bien alguna vez...

Samantha – ¿Ah, sí...?

Edmundo – Pero lo de Carrefour... ¿Era en la sección funeraria?

Samantha (*sorprendida*) – ¡Qué va! En la charcutería, ¿por qué?

Edmundo – Porque en Frías no hacemos descuentos a lo loco. ¿Qué será lo próximo? ¿Venta por catálogo o por internet?

Samantha – Pues tampoco es mala idea...

Edmundo – Carrefour y nosotros no nos dedicamos a lo mismo, ¿entendido?

Samantha – Entendido...

Suena el teléfono.

Edmundo – Ahora va a demostrarme lo que sabe hacer... Mejor tirarse a la piscina de una vez. Le advierto que estamos hasta arriba de trabajo. No voy a tener tiempo de enseñarle. Al teléfono sabrá contestar, ¿no?

Samantha – Sin problema... *(Descuelga con seguridad.)* Congelados Frías, dígame... Ah, pues no, señora, lo siento, se ha equivocado de número... No hay de qué... No se preocupe, señora... Adiós, señora...

Samantha, satisfecha consigo misma, se vuelve hacia Edmundo, que la mira petrificado.

Samantha – ¿Qué pasa?

Edmundo – ¿Es una broma? ¿Estamos en un programa de cámara oculta?

Samantha – ¿Por qué? Era una señora llorando que creía estar llamando a una funeraria...

Edmundo – ¡ESTO ES una funeraria!

Samantha *(desolada)* – ¡No me diga...!

Edmundo – ¿No se lo han dicho en la agencia de trabajo temporal?

Samantha – Solo hablaron de fiambres... Y como la empresa se llamaba Frías...

Edmundo – Esto es una pesadilla... *(Se contiene.)* Bueno, no tengo otra opción.

Samantha – O sea, que esto es... ¿una empresa de enterradores? Es que yo nunca he hecho nada de eso...

Edmundo – Escúcheme bien: se limita a contestar al teléfono y anotar los mensajes. Cuando llegue una visita, me llama. Y, sobre todo, nada de iniciativas, ¿de acuerdo?

Samantha – De acuerdo.

Edmundo – Ahora tengo que seguir ocupándome de mi diputado...

Samantha – ¿El diputado?

Edmundo – Delmar. Las elecciones generales anticipadas... ¿No ha visto los carteles junto al muro del cementerio? ¡Hoy son las elecciones! Y como el diputado saliente ya no se presenta...

Samantha – ¿Diputado saliente?

Edmundo – Sí... Y esta vez la salida ha sido definitiva. Estoy tratando de darle un aspecto decente ahí detrás. Y créame, me está dando trabajo...

Samantha mira por el escaparate los carteles electorales.

Samantha – La señora Delmar... Pues en los carteles no parece estar tan mal conservada...

Edmundo – ¡No es la señora Delmar, es su marido! Él es el diputado saliente. Su mujer se presenta para sustituirlo en el Congreso.

Samantha – Ah, ya...

Edmundo – El funeral del señor Delmar es hoy. Pero me está costando mucho dejarlo presentable. El cuerpo pasó mucho tiempo dentro del agua, así que se puede imaginar...

Samantha (*horrorizada*) – ¿En el agua?

Edmundo – Y, si quiere darle el último retoque... Normalmente se encarga mi mujer, pero como no está...

Samantha – Es que...

Edmundo – Me ha dicho que tiene el título de esteticista, ¿no?

Samantha – Sí, pero...

Edmundo – Ya veo... Bueno... ¿Cree que podrá encargarse de la centralita?

Samantha – Sí, sí, claro...

Edmundo – Entonces la dejo... Ah, una cosa: esta mañana espero un pedido. Cuando llegue la mercancía, avísame enseguida, ¿de acuerdo?

Samantha – ¿Mercancía? (*Horrorizada.*) ¿Van a traer un cargamento de muertos?

Edmundo – Señorita, aquí no llamamos «muertos» a nuestros clientes, sino «nuestros seres queridos desaparecidos».

Samantha – Vale...

Edmundo – Y no hablamos de «entregas», sino de la última visita que nos hacen antes de preparar su viaje al más allá.

Samantha – Muy bien...

Edmundo – Imagínese que trabaja en una agencia de viajes. Nuestros clientes se van de crucero, por así decirlo. Solo que el billete de vuelta no está incluido.

Samantha – Ya... Pero entonces, ¿qué mercancía esperan?

Edmundo – ¡Una entrega de ataúdes! La nueva colección. ¡Tiene el catálogo delante!

Sale Edmundo. Samantha hojea el catálogo.

Samantha – Joder... Menudo crucero... (*Marca un número en su móvil.*) ¿Pamela? No te lo vas a creer... ¿Sabes qué trabajo me han buscado esos cabrones del servicio de empleo? ¡Estoy en una funeraria! Lo que hay que hacer para ganarse la vida, te lo juro. De momento hay poca cosa. Estoy en recepción... (*Suena el teléfono del escritorio.*) Perdona, tengo que dejarte... (*Descuelga.*) Congelados Frí... Funeraria Frías, dígame... Sí... Sí... (*Anota en un bloc.*) La oferta del mes, perfectamente... El modelo Pino Básico... Noventa y nueve euros, IVA incluido... De acuerdo, se lo diré, señora Delmar... Cuente conmigo... Adiós, señora Delmar...

Cuelga y suspira aliviada. El alivio dura poco, porque entra un hombre y se acerca al escritorio.

Samantha – ¿Viene a traer el pedido...?

Francisco – Eh... No... Francisco Martín. Tengo cita con el señor Frías. Para elegir un modelo...

Samantha (*con sonrisa comercial*) – Ahora lo aviso... Mientras tanto, puede echar un vistazo al catálogo... (*Se lo ofrece.*) ¿Es para regalar?

Francisco – Es para mi mujer...

Ella lo observa mientras él hojea distraídamente el catálogo.

Samantha – Ya decía yo que no tenía usted pinta de repartidor...

Francisco – Ya...

Samantha – Disculpe, pero... creo que lo he visto antes.

Francisco – Sí... Mi foto está pegada por todas las paredes de la ciudad...

Samantha – ¿Lo busca la policía?

Francisco – Todavía no... De momento solo me presento a las elecciones... (*Señala los carteles de fuera.*) El de los carteles soy yo...

Samantha – ¡Francisco Martín! ¡El rival de la señora Delmar!

Francisco – Digamos su contrincante...

Samantha – ¿Por la derecha, no?

Francisco – No, esa es la señora Delmar... Yo soy de centro. Pero ya sabe lo que dicen: el centro está en todas partes y en ninguna circunscripción...

Samantha – Vaya... No pensaba que trabajando aquí iba a conocer a famosos...

Francisco – Todos morimos algún día, incluso los famosos.

Samantha – ¿Así que usted también ha perdido a su pareja?

Francisco – Así es...

Samantha – ¡Pues empate!

Francisco – ¿Cómo dice?

Samantha – Con un muerto en la familia justo antes de votar, la señora Delmar tenía ventaja. Ahora están igualados...

Francisco – ¿Eso cree?

Samantha – Si la abuela de Obama no hubiera muerto justo antes de aquellas elecciones, ¿cree que un hombre negro habría llegado a presidente de Estados Unidos?

Francisco – Vaya usted a saber...

Samantha – Créame, lo de su mujer es lo mejor que podía pasarle... Desde el punto de vista electoral, quiero decir...

Francisco – Ya veo que es usted una aguda analista política... No dudaré en pedirle consejo si hace falta... Eh... ¿Está el señor Frías?

Samantha – Sí, claro, ahora lo llamo. (*Mira las teclas de la centralita y lee las etiquetas.*) A ver... Cámara frigorífica... Cocina... Tanatopraxia... No sé qué significa eso, pero voy a probar... (*Marca y espera hasta que contesta Edmundo.*) ¡Bingo! ¿Señor Frías? Ha llegado Francisco Martín... (*Cuelga.*) Sale enseguida...

Silencio algo incómodo. Francisco hojea el catálogo para disimular.

Francisco – Y usted, ¿ya ha elegido?

Samantha – Un poco de tacto, señor Martín. Aún soy muy joven para elegir ataúd...

Francisco – Me refería a las elecciones... A la votación de hoy. ¿Ha votado ya?

Samantha – Eh... No, todavía no...

Francisco – Entonces aún tengo una oportunidad... ¿Conoce nuestro programa?

Samantha – ¿Tienen programa? ¡Creía que eran de centro!

Entra Edmundo.

Edmundo – Buenos días, señor Martín. Y mi más sentido pésame...

Francisco vuelve a poner cara de circunstancias.

Francisco – Qué se le va a hacer... Es el destino, ¿no?

Edmundo – Al menos tuvo una muerte bonita.

Francisco – ¿Le parece...?

Edmundo – ¿No?

Francisco – La arrolló un tren Alvia...

Edmundo – Perdón, la he confundido con la señora Delmoral... Murió en la cama mientras dormía. Tenía noventa y un años...

Francisco – Ah, ya... Mi mujer era un poco más joven...

Edmundo advierte que Samantha está escuchando la conversación con indiscreta curiosidad.

Edmundo – ¿Por qué no nos trae un par de cafés, Sandra?

Samantha – Samantha...

Edmundo – Eso... ¿Sabe hacer café?

Samantha – Puedo intentarlo...

Francisco – Para mí, bien cargado, por favor.

Samantha – Cargado... Como el ambiente electoral, ¿no, señor Martín?

Francisco esboza una sonrisa. Edmundo está claramente exasperado.

Edmundo – La cafetera está por allí...

Sale Samantha.

Edmundo – Hoy en día cuesta tanto encontrar personal competente... Y mi mujer está en cama con gripe. Este año viene muy fuerte, ya sabe...

Francisco – Sí... Mi mujer murió de gripe...

Edmundo – Creía que la había atropellado un tren.

Francisco – Cuando iba a la farmacia a por la vacuna...

Edmundo – Siempre sospeché de esa vacuna... Y puede creerme, trabajo en el sector... De hecho, le prohibí a mi mujer que se vacunara...

Francisco – ¿Y la señora Frías se encuentra bien?

Edmundo – Un ligero resfriado; en pocos días estará recuperada. Mejor dejar actuar a la naturaleza, ¿verdad?

Francisco – Por desgracia, el resfriado de mi mujer ha sido definitivo.

Edmundo – ¿Ha elegido ya, señor Martín? Como puede ver, nuestra nueva colección es magnífica...

Francisco (*mirando brevemente el catálogo*) – Mmm...

Edmundo – Siempre digo que el precio del ataúd es la mejor medida del cariño que teníamos a nuestros difuntos...

Francisco – Yo pensaba en algo sencillo...

Edmundo – Comprendo... Elegante, pero discreto al mismo tiempo... ¿Tiene algún modelo en mente?

Francisco (*señalando el catálogo*) – ¿Por qué no este...?

Edmundo (*poco entusiasmado*) – Pino Básico. Nuestro modelo de entrada. Ahora está en oferta.

Francisco – Noventa y nueve euros con IVA, ¿verdad?

Edmundo – Exactamente, señor Martín...

Francisco – Tratándose de una cremación, había pensado que...

Edmundo – Tiene razón. El pino bastará. Además, está de suerte: solo nos queda uno en el almacén. Es un modelo que tiene mucha salida últimamente... En cuanto a los extras, podemos ofrecerle...

Francisco – El básico.

Edmundo – Pino Básico sin extras. Perfecto. ¿Quería ver algo más?

Francisco – De momento nada más, gracias...

Edmundo – Muy bien, señor Martín. Queda anotado.

Entra Samantha con los cafés. Le entrega una taza a Francisco y la otra a Edmundo.

Francisco – Muchas gracias, señorita...

Samantha (*coqueteando*) – Samantha...

Francisco se bebe el café de un trago y hace una mueca. Edmundo, intrigado, prueba el suyo y dirige a Samantha una mirada furibunda.

Edmundo (*disculpándose con la mirada ante Francisco*) – Quizá esté demasiado cargado...

Francisco – Eso desde luego...

Edmundo – Vamos, que resucitaría a un muerto...

Samantha – ¿Le apetece una caricia, señor diputado?

Francisco la mira, tentado.

Edmundo – Creo que Samantha se refiere a una galleta. Mi mujer las hace y las llama «Caricias». ¿Le apetece una?

Francisco – Si las caricias las da su mujer... Creo que voy a abstenerme.

Samantha – ¿Abstinencia en un diputado...?

Edmundo – Creo que la señorita quiere decir abstención.

Francisco – Además, todavía no soy diputado...

Suena el móvil de Francisco con un tono parecido al de un despertador.

Francisco – Perdonen... (*Contesta.*) ¿Sí...? ¿Ya tienen las primeras estimaciones? Sí... Sí... Ya... Ah... Muy bien, voy ahora mismo... No, el funeral es a las once... Dentro de una hora, eso es... Pero será en la más estricta intimidad... No quisiera aprovechar mi desgracia para despertar la simpatía de los electores... Habéis avisado a la prensa, ¿verdad? Perfecto, gracias... Hasta ahora...

Edmundo – ¿Y qué tal va la campaña, señor Martín?

Francisco deja el móvil distraídamente sobre el escritorio y saca del bolsillo dos folletos electorales.

Francisco – Como sabe, era mi mujer la que tenía que presentarse. Pero debido a esta tragedia...

Edmundo – Naturalmente...

Samantha – A veces votan los muertos, pero ni en los recuentos más imaginativos se ha conseguido que uno salga elegido diputado...

Edmundo – Aunque con el absentismo que hay en el Congreso, tampoco creo que nadie se diera cuenta enseguida, ¿no?

Francisco (*entregándoles los folletos*) – Aquí tienen información sobre nuestro programa.

Edmundo – Ah, tienen programa... Creí que eran... No, nada...

Francisco – La verdad es que no tengo experiencia política. Pero al partido de centro le cuesta tanto encontrar candidatos...

Samantha – Sí, probablemente es el único partido que tiene menos votantes que candidatos...

Edmundo la fulmina con la mirada.

Francisco – En fin, insistieron tanto que al final acepté... Bueno, los dejo. Tengo un pequeño asunto que resolver...

Edmundo – Nada grave, espero.

Francisco – Como no encontraba a nadie que me ayudara en la campaña, contraté a la hija de mi asistenta. Pero me dicen que la acaban de detener por ofrecer servicios sexuales en plena calle...

Edmundo – Si los candidatos ni siquiera pueden ofrecer sus encantos a los votantes en el mercado, ¿adónde va a llegar la democracia?

Francisco – ¿Verdad que sí...?

Samantha – Si necesita otra colaboradora, yo estoy disponible...

Francisco – ¿Por qué no...? Lo pensaré, se lo prometo...

Edmundo – Hasta luego, para el funeral...

Francisco – Perfecto.

Sale Francisco. Edmundo dirige a Samantha una mirada de reproche.

Edmundo – ¿Qué le había dicho?

Samantha – ¿Qué cosa?

Edmundo – ¡Que se limitara a contestar al teléfono!

Samantha – Solo intento ser amable con los clientes...

Edmundo – ¿Todavía no ha llegado el repartidor?

Samantha – No...

Edmundo – A este paso nos quedaremos sin existencias...

Samantha – Ah, hablando del teléfono, se me olvidaba. Va a estar orgulloso de mí: acabo de cerrar mi primera venta.

Edmundo (*preocupado*) – Le dije que no tomara ninguna iniciativa...

Samantha – Llamó la señora Delmar. La viuda del diputado. Ha elegido el Pino Básico.

Edmundo – ¿Pino Básico?

Samantha – Sí, ya sé que es el más barato, pero una venta es una venta.

Edmundo – ¡Solo queda uno en el almacén, y se lo acabo de prometer al señor Martín para su mujer!

Entra la señora Delmar.

Chantal – Ah, señor Frías. Precisamente quería verlo.

Edmundo – Buenos días, señora Delmar. Mi más sentido pésame por su marido. Aunque estoy seguro de que habría aprobado su elección.

Chantal – ¿La del ataúd? Es verdad que era un hombre muy cercano al pueblo y de gustos sencillos...

Edmundo – ¡Su decisión de presentarse a las elecciones para sustituirlo en el Congreso!

Chantal – La verdad, ahora mismo no tengo la cabeza para la política. (*Aprovecha, no obstante, para entregarles sendos folletos electorales.*) Si los votantes de mi marido no hubieran insistido tanto en que me presentara para conservar su escaño... Pero en realidad quería hablar de las exequias...

Edmundo – ¿Ha cambiado de opinión sobre el modelo? Es que el Pino Básico, para un diputado...

Chantal – No, no. Me parece perfecto. Sobre todo porque he optado por la cremación...

Edmundo – Ah, ¿usted también...?

Chantal – ¿Cómo dice?

Edmundo – Nada, que la cremación está muy de moda últimamente... ¿No quiere echar otro vistazo al catálogo?

Samantha (*con tono comercial*) – La nueva colección. Mirar no compromete a nada...

Edmundo (*mostrándole el catálogo*) – Mire el modelo Felipe II, por ejemplo... De caoba... ¡Treinta años de garantía!

Chantal echa un vistazo distraído al catálogo.

Chantal – No, gracias. Además, perdone, pero... Felipe II, Isabel II, María Antonieta... No suena muy republicano, ¿verdad?

Samantha – Por otro lado, Pino Básico... Suena un poco a IKEA, ¿no?

Edmundo – Si decide elegir un modelo más caro, estaremos encantados de hacerle una rebaja. Piénselo un momento.

Chantal – Mire, no tengo tiempo, y ya lo he pensado. Pino Básico me parece perfecto...

Edmundo – El caso es que...

Chantal – ¿Ocurre algo?

Edmundo – Lo lamento muchísimo, señora Delmar, pero nos hemos quedado temporalmente sin existencias de ese modelo...

Chantal – Pero esta joven me dijo por teléfono hace un momento que...

Edmundo – Entre tanto, yo había prometido el último ejemplar al señor Martín...

Chantal – ¿Martín? ¡Mi adversario en las elecciones!

Edmundo – Es un malentendido muy desafortunado y le pido disculpas... La joven está empezando y...

Chantal – ¡De ninguna manera!

Edmundo – Puedo ofrecerle otro modelo con descuento... Un ascenso de categoría, por así decirlo...

Chantal – Ofrézcaselo al señor Martín.

Precisamente en ese momento vuelve Martín.

Francisco – Creo que me he dejado el móvil aquí... *(Se sorprende al reconocer a Chantal.)* Señora Delmar...

Edmundo – Creo que se conocen...

Chantal – Un poco... La señora Martín se presentó a las elecciones anteriores contra mi marido...

Edmundo – Ah... Casi una cuestión de familia, entonces...

Francisco – Permítame darle mi más sentido pésame, señora...

Edmundo – El señor Martín es todo un caballero. Seguro que estará dispuesto a renunciar en favor de usted...

Francisco – ¿Perdón?

Chantal – Parece, señor Martín, que nuestra rivalidad no se limita al escaño de diputado...

Edmundo – Mi ayudante le ha prometido a la señora Delmar el último Pino Básico que nos quedaba...

Samantha *(alegremente)* – Vamos, tampoco es para tanto... Seguro que los políticos prometen a dos personas el mismo puesto para conseguir votos...

Francisco – Encontraremos un acuerdo amistoso, seguro... ¿Verdad, señor Frías?

Edmundo – Desde luego... Además, la nueva colección tiene que llegar de un momento a otro...

Suena el teléfono. Contesta Samantha.

Samantha – Congelados Frí... Funeraria Frías, dígame. No cuelgue, ahora se lo paso. (*A Edmundo.*) Es para usted...

Edmundo – Disculpen un momento... (*Coge el auricular.*) ¿Sí...? ¡No! ¿Su repartidor tiene la gripe? ¿Me está tomando el pelo? ¿Cuándo? ¿Esta tarde? ¡Pero será demasiado tarde! ¡Esto no va a quedar así!

Cuelga, consternado.

Francisco – Tampoco vamos a estar aquí todo el día... Si le sirve de ayuda a la señora Delmar, no tengo inconveniente en cambiar de modelo... ¿Qué me ofrece?

Edmundo – Verá... Acaban de comunicarme que el pedido previsto para esta mañana se retrasa unas horas...

Francisco – ¿Y?

Edmundo – El Pino Básico era el último ataúd que nos quedaba en el almacén...

Francisco – ¿El último? ¿Quiere decir que...?

Edmundo – Lo siento, ahora mismo no dispongo de ningún otro ataúd... A menos que devolvamos a la señora Delmoral a la cámara frigorífica... Pero ya está en el velatorio, rodeada de su familia...

Samantha – Uy, eso podría resultar un poco delicado...

Consternación general.

Chantal – ¡El funeral de mi marido es hoy a las once!

Francisco – El de mi mujer también.

Edmundo (*para sí, abatido*) – Un ataúd para dos... Lo que me faltaba...

Chantal – ¡No pretenderá meter a mi marido y a la mujer de este señor en el mismo ataúd!

Francisco – No sería muy decoroso, desde luego...

Edmundo – ¿No podríamos aplazar una de las ceremonias hasta mañana...?

Samantha – Total, ellos ya no tienen ninguna prisa...

Chantal – ¡Pero yo sí!

Francisco – No, mañana tampoco me viene bien... La prensa ya está avisada...

Chantal – ¡Y para el funeral de mi marido también! ¡No hay motivo para dejarle todo el protagonismo a mi adversario!

Edmundo – Entonces, ¿qué hacemos?

Francisco – Una pregunta: para incinerar a mi mujer, ¿de verdad hace falta ataúd?

Edmundo – ¿Cómo dice?

Francisco – Es que solo se usa unos minutos, mientras dura la cremación...

Samantha – Además, es poco ecológico. Talar robles para hacer ataúdes y quemarlos inmediatamente...

Francisco – Por no hablar de los gases de efecto invernadero.

Samantha – Podríamos hacerlo a la manera india, en una pira de ramas secas junto al Manzanares.

Chantal – Sí... Seguro que a la prensa le encantaría...

Oscuro.

ACTO II

Francisco y Chantal esperan juntos en recepción, con cara de circunstancias. Francisco mira discretamente su reloj.

Francisco – ¿Cree que tardarán mucho más...?

Chantal – No sé... No tengo mucha experiencia en esto...

Francisco – Qué raro... No sé por qué, pero me siento como en una maternidad, esperando una buena noticia...

Chantal (*mirándolo con inquietud*) – Sí, qué raro...

Francisco – ¿Ya sabe qué va a hacer con ellas?

Chantal – ¿Perdón?

Francisco – Las cenizas de su marido. ¿Dónde piensa ponerlas?

Chantal – Todavía no he falle... decidido... (*Pausa.*) ¿Ocupan mucho?

Francisco – Ni idea... Caben en una urna, en cualquier caso...

Chantal – ¿Una urna...?

Francisco – Una urna funeraria...

Chantal – Ah, claro...

Francisco – Qué ironía para un diputado... Acabar en una urna...

Chantal – ¿Y usted?

Francisco – Yo no voy a dejarlas en la repisa de la chimenea... Sería un poco siniestro, ¿no?

Chantal – Sí...

Francisco – Tal vez esparcirlas por el jardín... ¿Se puede hacer eso?

Chantal – Creo que sí... Por lo menos, nadie ha ido a la cárcel por esparcir las cenizas de su pareja en su propio jardín...

Francisco – Salvo algún asesino en serie, claro...

Chantal – Mmm...

Francisco – Aunque, no sé... Pensar que tu pareja está esparcida por el césped, entre la caseta del perro y la barbacoa... También es un poco siniestro, ¿no?

Chantal – Sí...

Francisco – Una decisión importante. Hay que pensárselo bien, porque luego no tiene remedio...

Chantal – Claro... Salvo con la aspiradora...

Francisco – ¿Y es obligatorio llevárselas a casa?

Chantal – Creo que sí... Como en la maternidad...

Precisamente entonces aparecen Edmundo y Samantha, cada uno con una urna.

Edmundo – No veo la placa. ¿Cuál es la del diputado?

Samantha – Ay... Las placas...

Edmundo – ¿Qué pasa?

Samantha – Se me olvidó ponerlas...

Edmundo – ¡Pero si le dije...! ¡Había pegado un pósito con el nombre en cada urna! ¡Solo tenía que atornillar las placas!

Samantha – Lo siento muchísimo...

Edmundo – ¿Pero sabe en qué urna está el diputado?

El silencio incómodo de Samantha equivale a una confesión. Edmundo no tiene tiempo de reaccionar: Francisco y Chantal se vuelven hacia ellos con expresión solemne. Tras una breve vacilación, Edmundo le entrega su urna a Chantal, y Samantha la suya a Francisco.

Edmundo – Les dejaremos unos instantes a solas con las cenizas de sus respectivos cónyuges... *(Sale y lanza a Samantha una mirada incendiaria.)* ¡No sé qué me impide incinerarla a usted también...!

Samantha – Pero si no hubiera ido a IKEA a buscar un ataúd de pino para salir del apuro...

Edmundo – ¡Un ataúd para montarlo uno mismo! Ni siquiera sabía que existían...

Samantha – Al menos ellos tenían existencias...

Edmundo – Ya, bueno...

Samantha – Además, hoy en día, entre una funeraria y unos grandes almacenes, ¿qué diferencia hay?

Edmundo – Eso sí que es verdad... Hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que la señora Delmar esté despidiéndose ahora mismo de las cenizas de la señora Martín.

Samantha – Y el señor Martín, de las del señor Delmar...

Edmundo – Por cierto, no era nada fácil montar esos ataúdes en kit...

Samantha – Sí... En eso también se parecen mucho a los muebles de IKEA...

Salen. Francisco y Chantal contemplan sus respectivas urnas, absortos.

Francisco – Polvo somos...

Chantal – Y en polvo nos convertiremos.

Francisco – ¿Cómo murió exactamente su marido?

Chantal – Ahogado...

Francisco – ¿Ahogado...?

Chantal – Era un pescador empedernido. Debíó de caerse de su barco. No encontraron el cadáver hasta seis semanas después...

Francisco – ¿Y no sabía nadar...?

Chantal – Nunca me lo dijo... Pero es verdad que jamás lo vi nadar mientras vivía.

Francisco – Pocos presumen de no saber nadar...

Pausa.

Chantal – ¿Y su mujer?

Francisco – Un accidente de tráfico.

Chantal – Ah, ya...

Francisco – En un paso a nivel peligroso... Se le caló el coche en medio de las vías... No le dio tiempo a arrancarlo...

Chantal – Si salgo elegida, le prometo que ese paso a nivel tendrá mejores medidas de seguridad.

Francisco – Gracias... Y si los electores me favorecen, prometo presentar una ley que obligue a todos los pescadores a tener un título de natación...

Permanecen en silencio unos instantes, contemplando las urnas.

Chantal – Pensar que en las últimas elecciones se enfrentaron el uno a la otra. Y mire cómo han acabado. Cada cual en su urna...

Francisco – Desde luego... No puede decirse que la política les sentara bien...

Chantal – No...

Francisco – Espero que no terminemos nosotros igual.

Chantal – Al menos, no tan pronto...

Francisco – A propósito, ¿ha visto las últimas encuestas a pie de urna?

Chantal – Sí...

Francisco – El último escaño de la circunscripción va a estar muy disputado.

Chantal – Pero yo parto con ventaja... Mi marido puede descansar en paz...

Francisco – Mmm... En las últimas elecciones se sospechó que sus compañeros habían metido papeletas de más en las urnas...

Regresan Edmundo y Samantha.

Edmundo – Al final parece que congenian...

Samantha – Ya verá, esto acaba en boda. (*Edmundo la mira con severidad.*) Los dos son viudos, ¿no?

Francisco y Chantal reparan en ellos.

Chantal – Bueno, será mejor que nos vayamos...

Edmundo – Tómense su tiempo... Pueden quedarse todo lo que necesiten...

Samantha – Y aquí siempre serán bienvenidos...

Edmundo le lanza una mirada reprobadora.

Francisco – ¿Quiere que la acerque a algún sitio? Tengo un coche familiar...

Chantal – No sé si...

Francisco – Tiene razón, discúlpeme... Podría dar que hablar...

Samantha se acerca a Chantal.

Samantha – La ayudo... Que pesa un poco...

Chantal – No hace falta, gracias.

Samantha intenta coger torpemente la urna de Chantal y, al hacerlo, golpea la de Francisco. Esta cae al suelo y parte de su contenido se esparce. Edmundo contempla la escena, horrorizado.

Chantal – ¡Dios mío!

Edmundo (*hundido*) – Esto es una pesadilla...

Samantha – ¡Lo siento muchísimo! Ahora lo arreglo...

Edmundo – ¡No toque nada! Me encargo yo...

Edmundo desaparece.

Samantha – Le juro que nunca me había pasado...

Edmundo vuelve con un delantal llamativo, una escoba y un recogedor.

Edmundo – Lo soluciono enseguida...

Ante la mirada consternada de los otros tres, barre las cenizas, las recoge y se dispone a devolverlas a la urna. Pero se equivoca de urna.

Francisco – Eh, no, esa es la del marido de la señora.

Edmundo – Disculpe... (*Echa las cenizas en la otra urna.*) Ya está, pequeño accidente solucionado...

Samantha se inclina y recoge algo del suelo.

Samantha – Anda... ¿Y esto qué es?

Edmundo (*incómodo*) – A veces quedan restos de... Empastes metálicos, por ejemplo...

Samantha – Pues a quien estuviera ahí dentro le han metido plomo de sobra... ¡Parece una bala! Y de bastante calibre...

Consternación general.

Edmundo (*examinando la bala*) – Vaya... ¿Su mujer murió en un accidente de caza?

Francisco – Eh, no... Ya le dije que fue un accidente cuando iba a vacunarse...

Samantha – ¡Pues menudo supositorio le pusieron!

Edmundo – Diría que es una posta de escopeta...

Samantha – A ver, señor Martín... Si resulta que confundió a su mujer con un jabalí, eso no le va a venir nada bien en las elecciones...

Francisco le quita la bala a Samantha y la examina.

Francisco (*desconcertado*) – No lo entiendo, se lo aseguro...

Silencio incómodo.

Samantha – Bueno... Tengo que confesar que no estoy del todo segura de que esas sean las cenizas de su mujer...

Francisco – ¿Cómo dice?

Samantha – Me lié un poquito con las placas...

Edmundo – Quiere decir que esta bala también podría proceder de la urna del señor diputado...

Francisco mira a Chantal, que parece desmoronarse.

Francisco – Comprendo...

Chantal – Puedo explicárselo todo...

Francisco (*asombrado*) – ¿De verdad...?

Chantal (*a Edmundo y Samantha*) – ¿Nos dejan solos un momento, por favor?

Edmundo y Samantha se retiran discretamente.

Francisco – ¿Tiene algo que decirme?

Chantal hace ademán de arrancarle la bala de la mano.

Chantal – ¡Démela!

Francisco – No tan deprisa...

Chantal palidece.

Chantal – Está bien. Lo maté yo...

Francisco – ¿Usted?

Chantal – Mi marido no murió ahogado.

Francisco – ¿Y usted hizo pasar el asesinato por un accidente...?

Chantal – Sí...

Francisco – ¿Pero por qué?

Chantal – ¡Para que no me metieran en la cárcel, claro!

Francisco – No, pregunto por qué lo mató.

Chantal – ¡No me diga que no lo sabía!

Francisco – ¿Enterado de qué?

Chantal – Mi marido me era infiel.

Francisco – ¿Y por qué iba a saberlo yo?

Chantal – ¡Porque me engañaba con su mujer! ¿De verdad no lo sabía?

Francisco (*consternado*) – No...

Chantal – Lo maté con su escopeta de caza e hice que pareciera un accidente de pesca...

Francisco – Vaya... Eso sí que es retorcido...

Chantal – Y casi funcionó... Si el cuerpo se hubiera quedado en el fondo, como estaba previsto...

Francisco – Por desgracia, el pasado siempre acaba saliendo a flote...

Chantal – Pensaba que con la cremación me libraría del asunto para siempre... Pero parece que la bala resistió el calor...

Francisco – ¿Y no le hicieron la autopsia?

Chantal – Firmó el certificado de defunción mi médico de cabecera. Es bastante mayor, muy miope y tampoco se fijó demasiado...

Francisco – Entiendo... Aunque un crimen pasional suele despertar indulgencia, ¿no? ¿No sería que mató a su marido para ocupar su escaño?

Chantal – Si me presento a las elecciones es, sobre todo, para tener inmunidad parlamentaria en caso de que empiecen a sospechar de mí...

Francisco – Una póliza a todo riesgo... La impunidad de los elegidos...

Chantal – ¿Va a denunciarme?

Francisco – Depende de usted. (*Le muestra la bala.*) Soy el único que lo sabe...

Chantal se le acerca con actitud seductora.

Chantal – Puede hacer conmigo lo que quiera... Seré suya...

Siguiendo con sus insinuaciones, Chantal también derriba la urna de Francisco, cuyo contenido se esparce parcialmente por el suelo.

Francisco – Para empezar, podría comprometerse a apoyar mi proyecto político después de las elecciones...

Oscuro.

ACTO III

Edmundo está trabajando en recepción. Entra Samantha.

Samantha – ¡Buenos días, buenos días!

Edmundo – Vamos mejorando... Hoy solo llega media hora tarde... ¿No se ha vuelto a dormir en el autobús?

Samantha – Sí... Pero me desperté un poco antes de la última parada... ¿Qué pasa, ya no puede vivir sin mí?

Edmundo – Mmm...

Samantha – Y bien, señor Frías, ¿qué tal el negocio?

Edmundo – Bastante tranquilo, después del fuego cruzado de la semana pasada.

Samantha – ¿Qué fuego cruzado?

Edmundo – Es una forma de hablar...

Mientras se quita el abrigo, mira los carteles electorales.

Samantha – Ah, ¿lo ha visto? Al final, el candidato de centro ha conseguido el escaño.

Edmundo – Sí... La señora Delmar acabó apoyándolo...

Samantha – Y ahora es su jefa de gabinete...

Edmundo – Mala suerte para usted. El puesto ya está ocupado.

Samantha – Ya se lo dije: esto iba a terminar en boda.

Edmundo – Qué perspicaz es usted...

Samantha – ¿Está aquí su mujer?

Edmundo – Está al lado.

Samantha (*decepcionada*) – Entonces ya no me necesita...

Edmundo – Bueno, quiero decir... Está aquí, pero... Mi mujer terminó sucumbiendo a la gripe...

Samantha – Lo siento muchísimo... Mi más sentido pésame...

Edmundo – Gracias.

Samantha – ¿Cuándo ocurrió?

Edmundo – Esta noche. Quizá debería haberla dejado vacunarse...

Samantha – Por lo menos, con usted tendrá un entierro precioso...

Edmundo – Ya...

Samantha – Podrá demostrarle cuánto la quería. Como dice usted: por el precio del ataúd se mide el cariño que teníamos a nuestros difuntos... ¿Qué modelo ha elegido?

Edmundo – Pino Básico...

Samantha – Ah, sí, es... La madera natural da mucha calidez.

Edmundo – Y arde muy bien. Yo también he optado por la cremación.

Samantha – Claro...

Edmundo – Ahora, naturalmente, tendré que sustituirla... Definitivamente.

Samantha – ¿Sustituirla...?

Edmundo – Aquí, en la empresa.

Samantha – Ah, claro... ¿Me hará fija entonces?

Edmundo – De momento puedo contratarla a prueba. Se ha quedado libre un puesto de tanatopractora...

Samantha – ¿Tanatopractora...?

Edmundo – A mí me toca la parte más dura de la reconstrucción. A veces es como hacer un puzle... Y ni siquiera tenemos todas las piezas...

Samantha – Como con la señora Martín... Ahí sí que hizo un milagro...

Edmundo – Y que lo diga... Cuando la trajeron después de lo del tren, parecía una escultura de César...

Samantha – ¿César... el emperador romano?

Edmundo – En fin... Mi mujer se encargaba de los acabados. Y ahora que ya no está... Si le interesa...

Samantha – No sé si sabría hacerlo...

Edmundo – No es tan complicado. Es como ser esteticista, pero las clientas nunca se quejan...

Samantha – ¿Por qué no...?

Edmundo – Además, aunque no lo parezca, este oficio está lleno de imprevistos. Ya lo ha comprobado: aquí no hay tiempo para aburrirse...

Samantha – Y a veces conoces a gente importante...

Edmundo – Al final, ricos o pobres, famosos o desconocidos, todos pasan por nuestras manos...

Samantha empieza a barrer el suelo.

Samantha – ¿Y qué va a hacer con la bala que encontramos en la urna del diputado?

Edmundo – Nada, mujer. No somos policías... Además, estamos sujetos al secreto profesional... En nuestro oficio entramos inevitablemente en la intimidad de las familias...

Samantha – ¿Ah, sí...?

Edmundo – No sabe lo que puede encontrarse en los bolsillos de los difuntos... Una vez hasta encontré un décimo de lotería premiado.

Samantha – La viuda se pondría contentísima...

Edmundo – Preferí no decírselo. Me habría parecido de mal gusto...

Samantha – Por supuesto...

Edmundo – Gracias a eso me compré la cafetera exprés... Por cierto, ¿le apetece un café?

Samantha – ¿Por qué no...?

Edmundo desaparece un momento para buscar el café.

Edmundo (*desde fuera*) – Sin ir más lejos, la semana pasada encontré unas tijeras entre las cenizas de la señora Delmoral...

Samantha – ¿La asesinaron también?

Edmundo – ¡Unas tijeras de cirujano! La habían operado de apendicitis y murió por complicaciones del postoperatorio...

Samantha – Pues dígame el nombre de la clínica... Por si algún día tengo que operarme...

Edmundo regresa con el café.

Samantha – Gracias por darme esta oportunidad. Ya verá, no se arrepentirá...

Edmundo – Ya he tenido una muestra de su talento...

Samantha descubre algo entre el polvo que está barriendo.

Samantha – Anda, ¿qué es esto...?

Edmundo se acerca y examina lo que ella le muestra.

Edmundo – ¿Otra bala?

Samantha (*muy seria*) – Entonces hubo un segundo tirador en el asesinato del señor Delmar... ¡Esto ya no es un disparo, es un auténtico tiroteo!

Edmundo – Ve demasiada televisión, Samantha... Era diputado, pero tampoco era Kennedy. (*Se queda pensando.*) Aunque... ¿Y si esa bala procediera de la segunda urna...?

Samantha – Bravo, inspector... ¿Cree que el señor Martín también pudo darle un tiro a su pava...?

Edmundo – Antes de arreglárselas para que se cruzara con el Alvia de las cinco y veintitrés...

Samantha – De frente... Y dentro de su coche.

Edmundo – Es una posibilidad...

Samantha – ¿Pero por qué...?

Edmundo – ¡Por celos! ¿Sabe qué se decía en la ciudad de la señora Martín?

Samantha – ¿No?

Edmundo – Que a la señora Martín se la había tirado todo el mundo... menos el tren.

Samantha – A menos que la matara solo para dar pena a los votantes y ganar las elecciones.

Edmundo – Vaya usted a saber...

Samantha – En cualquier caso, ahora tiene inmunidad parlamentaria...

Edmundo mira hacia el escaparate.

Edmundo – Mira, hablando del rey de Roma...

Samantha – Por la puerta asoma.

Entran Francisco y Chantal en la tienda.

Samantha – Parece que el negocio vuelve a animarse.

Edmundo – Señor Martín, señora Delmar. ¿A qué debemos el placer? No habrá otra muerte en la familia, espero...

Francisco – No, no, tranquilo...

Edmundo – En cualquier caso, aprovecho para felicitarlo por su elección, señor Martín.

Francisco – Gracias, Edmundo.

Samantha (*a Chantal*) – ¿Muy decepcionada?

Chantal – Soy su jefa de gabinete, al fin y al cabo... Si al señor Martín le ocurre una desgracia, alguien tendrá que hacerse cargo de su legado político. Por eso no me separo de él ni un minuto...

Edmundo – Un seguro de vida... pero para quien espera cobrarlo, señor Martín...

Samantha – Pues cuídese... Una bala perdida llega en el momento menos pensado, sobre todo cuando uno sale a pescar.

Edmundo – O cuando espera tranquilamente en un paso a nivel...

Chantal mira a Francisco con suspicacia. Él prefiere cambiar de tema.

Francisco – No, esta vez venimos nosotros a darle el pésame, señor Frías.

Edmundo – ¿Por...?

Chantal – ¡Por su mujer!

Edmundo – Ah, sí, claro... Disculpen, estoy tan trastornado estos días...

Francisco – En fin, la vida sigue...

Chantal – Y precisamente queremos comunicarle una noticia feliz.

Samantha – ¿Está embarazada?

Chantal – Todavía no...

Francisco – Chantal y yo vamos a casarnos.

Chantal – Nos casaremos en régimen de gananciales... y vigilancia permanente, como suele decirse.

Se oye el aviso sonoro de un horno cuyo temporizador acaba de llegar a cero.

Chantal – ¿Está cocinando algo? Debería ir a verlo, parece que se quema...

Edmundo – Eh, no, es... mi mujer.

Francisco – ¿Su mujer?

Edmundo – Sus cenizas, en todo caso.

Chantal – Ah, claro...

Edmundo – ¿Le importa ir a mirar, Samantha? La verdad es que no me siento con fuerzas...

Samantha – Por supuesto, señor Frías.

Francisco – Bueno, será mejor que nos vayamos.

Chantal – Solo veníamos por la corona.

Edmundo – ¿Una corona? ¿Para la boda?

Chantal – Para el funeral de su esposa.

Francisco – En nombre del señor diputado.

Chantal – Y de su jefa de gabinete.

Edmundo – Naturalmente.

Francisco – Elija la que quiera. Envíe la factura a mi despacho.

Edmundo – Muchas gracias, señor diputado. Señora jefa de gabinete. No saben cuánto agradezco ese detalle en estos momentos tan dolorosos.

Chantal – Adiós, señor Frías.

Francisco (*estrechándole la mano*) – Edmundo...

Salen Francisco y Chantal.

Edmundo – Bueno, asunto arreglado...

Vuelve Samantha.

Samantha – ¿Se han ido?

Edmundo – Al final usted tenía razón... Acaba en boda...

Samantha mira por el escaparate.

Samantha – Hacen tan buena pareja... Se nota enseguida...

Edmundo – Mmm... Y nosotros tampoco hacemos mala pareja, ¿no?

Samantha – ¿Usted cree?

Edmundo – Y ahora que soy viudo...

Samantha – Ah, hablando de eso, he encontrado esto entre las cenizas de la señora Frías... (*Muestra una tercera bala.*) Creía que su mujer había muerto de gripe...

Edmundo – Ya se lo dije... Este año la gripe viene muy fuerte...

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

París – Noviembre de 2011

ISBN 978-2-37705-057-4

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.